

Lublin (Polonia), 19 de junio de 1996

## Fines y espiritualidad del Movimiento de los Focolares

*Fragmento de la lectio magistralis ofrecida con motivo del otorgamiento a Chiara Lubich del Doctorado honoris causa en Ciencias Sociales por la Universidad Católica de Lublin (Polonia).*

(...)

El Movimiento de los Focolares.

No es fácil describirlo en pocos minutos. Pero veamos enseguida con qué fin, nos parece, que Dios lo ha suscitado.

Cuando éste apareció en la Iglesia, en los años 40, eran tiempos en los que - y ustedes lo pueden comprender mejor que otros- se difundía por el mundo una ideología que desconocía a Dios, y que incluso quería desterrarlo de la sociedad.

El odio había asumido un papel importante en la construcción de una sociedad que sin embargo se quería presentar como progresista.

La unidad, la unidad de los pueblos sin Dios, constituía la utopía en la que se quería creer y por la que valía la pena emplear gran parte de las propias energías.

En este contexto, precisamente, nació el Movimiento de los Focolares, que centra sus objetivos, sus finalidades, precisamente en esto: en Dios, elegido incluso como Ideal; en el amor como estilo de vida; en la unidad como práctica que une a cada hombre con Dios y a los hombres entre sí.

¿Y como se presenta hoy el Movimiento de los Focolares?

Es una realidad religiosa y civil al mismo tiempo, que cuenta con más de cuatro millones de personas: dos, bien unidas al Movimiento y a sus estructuras, y otros dos que viven su espiritualidad. Personas de todas las razas, lenguas, pueblos y religiones, esparcidas por todo el mundo, en casi 200 naciones.

Sus miembros están unidos entre ellos como hermanos y hermanas por la caridad traída por Jesús a la Tierra o también, simplemente por el amor de benevolencia, que todas las religiones proponen en la práctica; un amor que es aceptado también por personas indiferentes a la religión como el único medio necesario para construir la fraternidad universal.

El Movimiento de los Focolares – según lo ve Juan Pablo II - es un pequeño “pueblo”, expresión del gran pueblo de Dios, en marcha para la edificación de una civilización del amor hacia la meta de un mundo más unido.

Tiene una espiritualidad propia, específica, comunitaria y una determinada cultura.

Al Movimiento de los Focolares adhieren personas en su mayoría católicas de todas las edades y vocaciones; pero también cristianos de otras Iglesias y fieles de otras religiones.

Tampoco hay que olvidar a los no creyentes cuando se trata de hombres y mujeres de buena voluntad. Es una obra de Dios y, por lo tanto muy rica. Puede contemplarse desde muchos puntos de vista: desde el espiritual hasta el apostólico, pastoral, caritativo, asociativo, profético o social...

Hoy, al menos en esta primera parte, queremos considerarlo sobre todo en su aspecto social.

El Movimiento de los Focolares tiene 53 años de vida: nació en 1943.

¿Cuál fue su primera palabra? ¿Cuál fue "la primera chispa inspiradora", como la ha llamado también Juan Pablo II?

Sencilla como todas las cosas de Dios.

Durante la tragedia de la guerra, una nueva revelación de lo que Dios es verdaderamente: Amor.

Él nos amaba inmensamente. Él amaba a todos.

Éste es el descubrimiento que nos hizo sentir a Dios cercano, presente en todas las circunstancias de la vida.

Éste era el primer anuncio que hacíamos a todos los que encontrábamos: Dios está aquí, Él te ama, Él cuenta incluso los cabellos de tu cabeza; Él ha muerto por ti.

Es así como creímos en el Amor.

Pero había que responder al amor. ¿Cómo? Con nuestro amor, que ciertamente no es sentimentalismo vacío, sino ponerse a vivir en el rayo de su voluntad: "No quien dice Señor, Señor, sino el que hace la Voluntad de mi Padre..." (Cf. Mt 7,21).

Y comprendimos que su voluntad es amar.

El Espíritu (que quisiera llamar el carisma de la unidad), que comenzaba a iluminarnos, nos impulsaba, por tanto, a amar.

Pero podíamos amar del modo justo solamente cumpliendo y practicando las Palabras de Dios.

Cuando corríamos a los refugios de día y de noche para repararnos de las bombas, no era posible recoger nada, pero un Evangelio, un pequeño Evangelio, sí.

Y allí, durante las horas de espera, lo leíamos. Eran palabras únicas, universales, hechas para todos. Comprendimos enseguida que si las poníamos en práctica producirían una revolución.

Las leíamos y las vivíamos. Y el mundo en nosotros y a nuestro alrededor cambiaba.

Aunque todo el Evangelio nos fascinaba, nos impresionaron sobre todo algunas palabras de Jesús y las realidades que ponían de relieve precisamente el amor: amar a Dios, amar al prójimo, amarnos recíprocamente, acoger la presencia espiritual de Cristo entre nosotros como Él ha prometido donde dos o más están unidos en su nombre (Cf. Mt 18,20), es decir en su amor; seguir al Amor en su más alta manifestación: a Jesús crucificado; realizar la unidad, efecto del amor recíproco pleno y no sólo con los que pertenecen a la Iglesia sino con todos ("Que todos sean uno"[Jn 17,21]): esa unidad que, como cristianos, estamos llamados a vivir según el modelo de la Santísima Trinidad.

Comprendimos que la Eucaristía es generadora y vínculo de unidad; que María es Madre del Amor hermoso y de la unidad; profundizamos en la Iglesia como comunión en el amor; y en el Espíritu Santo como el Amor hecho Persona.

Después, estas palabras, estas realidades del Evangelio, que nos habían impresionado particularmente, comenzaron a manifestarse como las líneas de desarrollo de una espiritualidad totalmente centrada en el amor y en la unidad: la espiritualidad de la unidad.

Esta espiritualidad - después de algunas décadas - la estamos descubriendo como una auténtica espiritualidad de la Iglesia, junto a otras espiritualidades más centradas en el individuo, y que han embellecido a la Esposa de Cristo a lo largo de los siglos. Esta espiritualidad de la unidad tiene una característica muy propia, quizás solamente suya: el más radical e intenso carácter comunitario.

Vivíamos entonces, con maravilla y asombro, el comprobar cada día que se realizaban las promesas evangélicas: el "se les dará" (Lc 6,38) por haber dado; "la añadidura", que llegaba puntualmente por haber buscado su Reino; el "céntuplo" que llegaba regularmente a quién entre nosotros había dejado todo por Dios.

Pero hay un episodio de aquella época, entre las miles de anécdotas que salpicaban nuestra vida, que confirma nuestra vocación específica comunitaria.

Reunidas un día en un sótano, para refugiarnos de los peligros de la guerra, abrimos el Evangelio al azar, y nos encontramos ante la oración solemne de Jesús al Padre, junto al torrente Cedrón hacia el Huerto de los Olivos.

"Padre Santo", empezamos a leer; y tuvimos la impresión de comprender aquel párrafo, que era difícil para nuestro nivel de formación. Pero sobre todo tuvimos la certeza de que habíamos nacido para aquella página del Evangelio, que era para nosotros como la "Carta Magna" del nuevo Movimiento.

Gracias a esta espiritualidad comunitaria pusimos en común -de distintas formas- con las muchas personas que ya nos seguían, los pocos bienes materiales y espirituales que poseíamos, y también las necesidades.

Este modo de concretar el Evangelio (deseábamos emular de algún modo a los primeros cristianos, entre los que no había necesitados por la comunión de los bienes que realizaban) no dejó indiferentes a los demás.

De hecho, algunos comunistas se presentaron un día en nuestro primer focolar, preguntándonos cuál era el secreto de lo que se había realizado a nuestro alrededor. Dijeron que lo que habían visto realizado en la ciudad de Trento querían realizarlo en todo el mundo. Les indicamos el Crucifijo que estaba en una pared: ¿No era quizás por Él por quien nos habíamos amado y nos amábamos hasta compartir todo?

Pero ese secreto no era para ellos que, bajando la cabeza, se fueron.

Después el Movimiento comenzó su rápida expansión, primeramente en Italia, después en Europa, incluso en el Este, y más tarde en el mundo.

Y todo esto por aquel "secreto", indicado a nuestros hermanos comunistas. De hecho, en una circunstancia -que creemos que Dios había previsto- habíamos sabido que Jesús había sufrido el máximo de los dolores cuando experimentó en la cruz el abandono del Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por que me has

abandonado?” (Mt 27,46).

Este hecho nos impresionó. Nuestra joven edad, el entusiasmo, y sobre todo la gracia de Dios nos impulsó a nosotras, primera focolarinas, a elegir a Jesús en su abandono como el Ideal de nuestra vida.

Desde entonces, descubrimos su rostro por doquier: en los dolores de nuestro corazón, que nos esforzábamos en amar porque eran expresión de Él, y en los del prójimo, especialmente en los que sufren.

Nosotros le reconocimos a Él, - que había sentido al Padre alejado de sí, que había experimentado la separación de los hombres de Dios y de los hombres entre ellos-, también en todas las divisiones del mundo, grandes o pequeñas: las de la familia, entre las generaciones, entre pobres y ricos, dentro de la misma Iglesia entre sus distintas obras y luego entre las diferentes Iglesias; y también entre las religiones; e incluso entre quien cree y quien no cree...

Pero - y esto es importante - todas estas divisiones no nos asustaban, al contrario, por el amor a Él Abandonado, nos atraían. Y veíamos que nuestro lugar estaba precisamente allí donde había un trauma, una ruptura.

De aquí surgieron los frutos en todos los ámbitos.

(...)